

—Yo he pensado luego que era lo mejor hablarle al primo. Decirle lo que sucede. ¿Qué te parece?

—Sí,—dijo—Julián.

Había escuchado distraído, chupando la punta de su cigarro. Su rostro parecía aún más sombrío que de ordinario.

—¿Juzgas que he hecho bien? dime, créeme que es una señora de bien en toda la extensión de la palabra, Julián.

Continuaron callados. El día estaba nublado con aire de tempestad. Gruesas nubes ennegrecían el horizonte por el lado de Grasa; detrás de las colinas pasaba el viento agitando las hojas de los árboles.

—De manera que ahora estás convencido. ¿No te parece?—resumió Sebastián.

Julián se encogió de hombros dibujando sus labios triste sonrisa.

—¡Quién me diera tus cuidados!—dijo y habló entonces con amargura de sus preocupaciones.

Dentro de una semana se abriría el concurso para una plaza de sustituto de la Escuela y se preparaba para ella. Era su tabla de salvación, si consiguiera aquel cargo, ganaría nombre y clientela para poder vivir. Tal vez la fortuna y ¡qué demonio! siempre era estar dentro. Pero la certeza de su superioridad no le tranquilizaba, porque en estas cuestiones, la ciencia, el estudio, el talento, son pura andrómina sino se cuenta con influencias, y él no las tenía. Su contrincante, un ignorante, era sobrino de un Director General, tenía conocimientos en la Cámara, era un coloso. Por eso trabajaba para completar sus estudios, pero también buscaba cuñas con que derrotar á su adversario.

¿A quién acudiría?

—¿No conoces á nadie, Sebastián?

Sebastián se acordó de un primo suyo, diputado

por Alentejo, un pez gordo de la mayoría. Si Julián quería, iría á hablarle. Además, tenía á su disposición un Consejero. Acacio.

—Un bestia, un ignorante,—dijo Julián.—¿Quién le hace caso á aquello? Tu primo, tu primo me parece bueno. Es necesario alguien que hable, que trabaje.

Iba á continuar explicando su tesis cuando Sebastián le interrumpió:

—Aquí viene ella.

—¿Quién, Luisa?

Pasaba Luisa en efecto, por fuera del paseo vestida de negro. Sólo respondió á la cortesía de los dos caballeros con una sonrisa y les hizo adiós con la mano, un poco cortada.

Y Sebastián inmóvil siguiéndola directamente con los ojos, exclamó:

—Si aquello no respira honestidad... Anda con Dios santa criatura, anda con Dios.

Iba á encontrar á Basilio en el *Paratso* por primera vez y estaba muy nerviosa. No había podido dominar desde por la mañana un miedo indefinido que la hizo ponerse un velo espeso, á pesar de lo cual no se tranquilizó su temor de ser reconocida. El corazón la latió con violencia al encontrar á Sebastián, pero al mismo tiempo, una curiosidad entonces múltiple impelióla con un estremecimiento de placer. Iba por fin á ser la heroína de aquella aventura que tantas veces había leído en las novelas.

Era una nueva forma del amor que iba á experimentar sensaciones excepcionales. Recorrió todo: la cartita misteriosa, el secreto ilegítimo, todas las palpitations del peligro; la *casa* en sí la interesaba y la atraía más que Basilio. ¿Por qué sería aquello? Era cerca de los Arroyos, más allá del paseo de Santa Bárbara. Acordábase que había allí un montón de viejas casas.

Hubiese deseado que fuese en el campo, en una quinta con arboledas murmuradoras y selvas sombrías y solitarias. Entonces hubiesen paseado en un silencio poético y después, el son del agua que cae gota á gota de la piedra, hubiera dado un ritmo lánguido á sus frases amorosas. Pero era un piso terce-

ro, ¡quién sabe como estaría puesto! Recordaba una novela de Paul Feval en que el héroe, poeta y duque, forró de satén y terciopelo el interior de una choza para celebrar allí sus entrevistas amorosas. Los que pasaban, viendo aquella casucha arruinada, experimentaban un sentimiento de compasión hacia el que vivía allí; pero dentro, muy secretamente, las flores se abrían sobre vasos de Sévres y los pies desnudos pisaban tapices de los Gobelinos. Conocía el gusto de Basilio y le parecía que era poco más ó menos, como la choza de la novela. En el paseo de Camoens reparó que un sujeto en quien se había fijado antes, la seguía con una obstinación molesta; tomó un cupé y al bajar á Chiado experimentaba deliciosa sensación en ser así llevada rápidamente á los brazos de su amante y miraba con cierto desdén á los que pasaban acelerados en sus movimientos de la vida trivial cuando para ella aquella hora era tan poética. Todavía cuando ya estaba cerca, acometióle una timidez, una contracción de miedo, como un plebeyo que teme subir entre alabarderos, vistosamente uniformados, la escalera de un gran palacio. Imaginábase á Basilio esperándola, tendido en un diván de seda, y casi temía que su simplicidad vergonzosa, poco experimentada, no encontrase palabras bastante finas. ¡El debía haber conocido mujeres tan hermosas, tan ricas, tan diestras en el amor! Deseaba llegar en un cupé forrado de seda y cuando llegase, exhalar de sus labios frases tan espirituales como las de un buen libro.

El carruaje se detuvo al pie de una casa amarillenta con una puertecita pequeña; á la entrada se advertía olor de humedad; la escalera de peldaños desgastados subía ásperamente entre dos paredes donde la cal caía y donde la humedad había pintado redondeles oscuros; en el descansillo una ventana

protegida por una cortina verde, muy sucia, daba luz al zaguán y detrás de la cortina, oíase el mover de una cuna y el llorar de una criatura. Pero Basilio bajó con un cigarro en la boca.

—¿Tan tarde? Sube. Creía que no venías. ¿Qué ha sucedido?

La escalera era tan estrecha que no podían subir juntos. Y Basilio caminó delante de ella.

—Estoy aquí hace una hora. Imaginé que te hubiera sucedido algo en la calle.

Abrió una puerta y la hizo entrar en un cuarto pequeño, forrado de papel con listas azules y blancas. Luisa vió en el fondo una cama de hierro con una colcha roja, llena de remiendos de telas diferentes y sábanas de lienzo toscas, de un blanco dudoso y mal lavado, con los embozos impudicamente entreabiertos.

Púsose escarlata, sintióse avergonzada, sin palabras para saludar y sus ojos muy abiertos fijáronse en las sucias paredes, en las esteras carcomidas, destruidas por unos sitios y despintadas de su tinte por otros; en una litografía, donde una figura cubierta de una túnica azul flotante, desparramaba flores mientras volaba; sobre todo una gran fotografía por encima de un viejo canapé de paja, atrajo su mirada; era un retrato descolorido, del cual hubiera podido decirse que no se parecía á ningún sér de los que ha habido ni pueden venir al mundo.

—Ha sido todo lo que se ha podido arreglar—dijo Basilio; fué un acaso; es muy retirado y discreto, pero no es lujoso.

—No—dijo Luisa en voz baja.

Levantóse, fué á la ventana y levantó una punta de la cortinilla; enfrente vió un zapatero de cabeza calva batir la suela; á la entrada de una tienda, balanceábase un ramo de retama colgado de una cuer-

da; en una ventana una muchacha desgrefñada lavaba gravemente la cabeza de un niño pequeño que tenía una granulacion repugnante entre el pelo.

Luisa se mordió los labios, se mostró entristecida. Entonces una mano tocó suavemente á la puerta. Se asustó, miró á Basilio, preguntándole qué era aquéllo.

Basilio fué á abrir; una voz dulce, meliflua, dijo:

—Estén tranquilos y fien en mí.

—Bien, bien—murmuró Basilio apresurado y cerrando la puerta.

—¿Quién es?

—La patrona.

El cielo empezaba á entenebrecerse y de cuando en cuando gruesas gotas de lluvia manchaban de negro el piso de la calle. Un tono crepuscular hacia el cuarto más melancólico.

—¿Cómo has descubierto esto?—preguntó Luisa tristemente.

—Me lo ha buscado... un amigo.

¡Cómo! ¿Otra gente había estado allí, había amado allí?—pensó ella—y aquella cama le parecía repugnante.

—Quítate el sombrero—dijo Basilio casi impaciente.—Me estás afligiendo con ese sombrero puesto.

Ella soltó de repente el elástico que le prendía y se fué al canapé de paja desconsolada. Basilio la tomó las manos, atrayéndola hacia sí y sentándola en el lecho.

—¡Estás tan linda!

Besóla en el cuello, recostó su cabeza sobre el pecho de Luisa y con una voz emocionadísima exclamó:

—¡Lo que he soñado contigo esta noche!

Pero de repente una fuerte ráfaga de lluvia azotó

los cristales. Inmediatamente llamaron á la puerta con insistencia.

—¿Quién es? gritó Basilio enfurecido.

La voz llena de eses, dijo que se había olvidado un cobertor en la barandilla, donde la había puesto á secar.

—Yo se lo pagaré si se mancha.

—Dale el cobertor. Que le lleve al diablo.

Luisa sintió un estremecimiento de frío en la cama, y en el alma un profundo disgusto, porque todas aquellas circunstancias le hacían sufrir el desencanto de un sueño.

Así el *yate* aparejado noblemente para un romanesco viaje, vá á encallar al partir en los lodazales del río bajo, y al contra maestre aventurero, que soñaba con las esencias y los perfumes de las florestas aromáticas, vésele permanecer inmóvil sobre cubierta teniendo que taparse la nariz para no aspirar los efluvios palúdicos que rodean el barco.



Apenas comenzó Luisa á salir todos los días, Juliana pensó:

—Bueno: ahora estoy segura de que cuando sale, vá á verse con ese señor.

Y se hizo más servil. Con sonrisa de bajeza en los labios, corría á abrir la puerta, alborozada, cuando Luisa volvía á las cinco. Y ¡qué celo! ¡qué exactitud! Un botón que faltase, una cuenta que se extraviara, eran *Mil perdones, señora mía; perdone por esta vez* y mil lamentaciones humildes. Interesábase por la salud de ella, por su ropa, por lo que debía comer. Desde que habían empezado los viajes al *Paraiso*, su trabajo había aumentado. Todos los días tenía que planchar; muchas veces era preciso enjabonar á media noche, medias, puños, hasta las once y aun más tarde. A las seis de la mañana ya estaba con la plancha á vueltas sin quejarse antes bien, decía á Juana:

—Es un regalo ver á la señora tan elegante. ¿Lo puede usted creer? hasta me da gusto. Además, gracias á Dios, ahora tengo salud y el trabajo no me ha asustado nunca.

No murmuraba del ama. Afirmaba á veces repetidamente:

—La señora es una santa. No he visto ninguna mejor.

Su rostro perdió algo del tono bilioso y de la contracción amarga.

Al comer, ó por la noche cosiendo, cerca de Juana, á la luz de petróleo, veníanle sonrisas súbitas y su mirada se iluminaba con dilatación genial.

—La señora Juliana tiene aire de pensar en cosas buenas.

—La procesión va por dentro—respondía satisfecha.

Pareció perder su carácter atrabiliario, hasta llegar á hablar del despego de un vestido de seda que había estrenado cierto domingo de Septiembre la Gertrudis del doctor. Apenas murmuró:

—También llegará día en que pueda yo estrenar vestidos y buenos; vestidos de modista.

Y por palabras semejantes revelaba su esperanza próxima.

Juana llegó á decirla un día:

—Pero, señora Juliana, ¿espera usted alguna esperanza?

—Tal vez—respondió secamente.

Y cada día, sin embargo, detestaba más y más á Luisa: cuando por la mañana la veía componerse, perfumarse, mirarse en el tocador, canturreando en su cuarto, salía de él, porque la acometían arrebatos de odio y temía no poder contenerse. Odiábala por las *toilettes*, por su ropa blanca, por el hombre que iba á ver, por todos sus regalos. ¡Miserable! Cuando salía iba á contemplarla, la veía subir la calle y permaneciendo detrás de la vidriera, exclamaba:

—Diviértete, piorrinha, que mi día llegará seguramente.

Luisa, en efecto, se divertía. Salía todos los días á las dos. Apenas doblaba la esquina, el conciliábulo de la calle se juntaba para juzgar. Teníase allí por cierto que iba á verse con un caballero. ¿Dónde sería? Esto era el tema.

—En un hotel—decía Paula.

—Sí, en los hoteles hay mucho escándalo. O tal vez en un casuco repugnante.

La estanquera se indignaba.

—¡Una señora antes tan virtuosa!

—Vaca suelta, bien se lame, señora Elena;—murmuraba Paula.—Todas son lo mismo.

—No todas,—protestaba la estanquera;—que yo siempre he sido honrada.

—Y de mí nadie ha tenido nada que decir—agregó la carbonera.

—Hablo de la alta sociedad, de las señoras, de las que arrastran sedas, es una clase perdida. Yo bien sé por qué lo digo.—Y añadió con gravedad:—En el pueblo hay más moralidad: el pueblo es otra raza.

Y con las manos en los bolsillos, con las piernas muy abiertas, permanecía absorto, con la cabeza baja y el mirar clavado en el suelo.



Sebastián, que había estado en la quinta de Almada casi dos semanas, quedó aterrado cuando al volver, Juana le dijo que había grandes novedades; que Luisita salía todos los días á las dos y que el primo no había vuelto á casa. Gertrudis le había dicho que esto era en la calle motivo á los comentarios de todos.

— ¡Entonces, una pobre señora no puede ir siquiera á las tiendas, á sus quehaceres! — exclamó Sebastián. — Gertrudis es una desvergonzada y no sé cómo usted consiente que ponga aquí los pies, con infamias y calumnias.

— No, no eres justo; — replicó escandalizada la tía Juana. — Realmente la pobre mujer dice que lo oyó en la calle, que la ha defendido tenazmente, pero se dice en la calle y se repite por todo el mundo, y cuando lo dicen...

Sebastián, recobrando su serenidad ordinaria, replicó:

— ¿Pero, quién lo dice, tía Juana?

— Quién? Toda la calle, toda la calle; — contestó muy enfáticamente.

Sebastián quedó aniquilado. Tal vez fuese cierto.

Verdaderamente ella salía todos los días y cuando estaba Jorge apenas salía de casa. La vecindad que murmuró de las visitas del *otro*, comenzaba á comentar las salidas de ella. Esto era desacreditarse. Y él no podía hacer nada. Ir á advertirla ¿para qué? ¿Para tener otra escena como la anterior? No podía ser. Procuró verla; no quería, ciertamente, tocar en nada este asunto, solamente verla. No estaba. Volvió á los dos días; Juliana le dijo en la cancela, con su sonrisa dulzona:

— Ahora se ha ido, hace un momento, hacia la Patriarcal.

Por fin, un día la halló al comienzo de la calle de San Roque.

Luisa parecía muy contenta de verle.

— ¿Por qué ha estado tanto tiempo en Almada? ¡Qué deserción!

El dijo que tenía carpinteros allí; que era necesario vigilar las obras y que venía un poco aburrido también.

— Jorge dice que aun se detendrá. No tengo ya paciencia bastante. Sin Julián, sin el Consejero, sin nadie. Doña Felicidad es la que ha ido allá algunas veces y eso, de prisa. Siempre está metida en la Encarnación. Esta gente devota...

Y soltó una carcajada.

— ¿Dónde iba entonces?

— A unas compras poco importantes; á la modista después.

— Sebastián, vaya por casa.

— He de ir.

— Por la noche estoy sola. He tocado mucho. ¡Y si viera lo que me vale el piano!

En la misma tarde Sebastián recibió carta de Jorge. “¿Has visto á Luisa?,” Estuvo con cuidado porque durante cinco días no le escribió ella. “Por lo demás,

siempre se manifiesta muy ocupada y escribe solamente cuatro líneas, porque el correo va á partir. Ve á decir al correo que espere ¡qué demonio! Se queja de que se aburre, de que está sola, de que todos la han abandonado, de que vive en un desierto. Ve á hacerle compañía, etc., etc.,

Al anochecer del día siguiente, fué Sebastián á casa de Luisa. Apareció muy encarnada, con los ojos llorosos, vestida de blanco.

Había llegado muy cansada de la sesión; habíale dado sueño después de comer y se había dormido sobre el confidente. Y ¿qué había de nuevo? Hablaron de las obras de Almada, del Consejero, de Julián y después permanecieron callados. Había algo que retenía las palabras.

Luisa encendió las velas del piano, mostróle la nueva música que estudiaba, la *Medje* de Gounod; pero había una frase en que se enredaba siempre. Pidió á Sebastián que la tocara, y al lado del piano, llevando el compás con el pie, acompañó, bajo, la melodía, á la que la ejecución esmerada de Sebastián daba mayor encanto. Quiso intentar después, pero volvió á enredársele y se fué á sentar al sofá, diciendo:

— Casi nunca toco; empiezan á entorpecerme los dedos.

Sebastián no se atrevió á preguntarle por su primo Basilio.

Luisa no pronunció siquiera este nombre, y Sebastián, viendo en aquella reserva una disminución de la confianza, ó un resto de despecho persistente, pretextó que tenía que ir á la Sociedad de Agricultura. Se separó desconsolado. Cada día de los siguientes, trájole inquietudes nuevas. A veces era la tía Juana que le decía por la tarde:

— Luisita ha salido hoy otra vez. Con este calor eso es peligroso para la salud.

Otras veces era el conciliábulo de vecinos que él veía desde lejos reunidos y que estaban de seguro sacándole tiras de piel á la pobre criatura. Parecía-le aquello exactamente el aria de la calumnia de *El Barbero de Sevilla*. La calumnia, al principio leve como un vientecillo, sigue en un crescendo aterrador hasta estallar el trueno. Daba vueltas para no pasar por aquella calle, delante de Paula y de la estanquera. Tenía vergüenza de todos. Encontró á Teixeira Acevedo, que le preguntó:

— ¿Aun no ha venido Jorge? ¡Qué demonio! ¿Se va á quedar por allá?

Aquella observación trivial le aterró.

Por fin un día fué á buscar á Julián. Lo encontró en su cuarto, en chinelas, despeinado, teniendo al lado una cafetera. El suelo estaba lleno de puntas de cigarro. Sobre una cama deshecha había libros abiertos y en todas partes señales de un gran desorden.

Julián, apenas entró, irguióse. Se desperezó, lió un cigarro y dijo que estaba trabajando desde las siete, ¡Eh! Era bonito tanto trabajar. ¡Para que lo resistiese el señor Sebastián!

— Por lo demás, llegaste á propósito. Estaba para mandar recado á tu casa. Debía recibir dinero y no viene. Dame una libra.

Y comenzó á hablar de su tesis. La cosa le iba saliendo bien. Leyóle párrafos del prólogo con una delectación fraternal: y muy satisfecho en la abundancia de confianza que da la excitación, dando rápidos paseos por el cuarto, decía:

— He de demostrarles que aun hay portugueses en Portugal. Los voy á dejar con la boca abierta, ya verás, Sebastián.

Sentóse, púsose á numerar las cuartillas escritas. Sebastián entonces, con timidez, sintiendo perturbarle aquellos altos intereses científicos, dijo:

—Pues yo venía á hablarte de una cosa de nuestra gente...

Pero la puerta abrióse con fuerza, y un muchacho de barba mal afeitada y ojos blandos, entró. Era estudiante y amigo de Julián. Casi inmediatamente los dos reanudaron una discusión que habían trabado por la mañana y que fué interrumpida á las once, cuando el muchacho de los ojos tiernos tuvo que ir á almorzar á Aurea.

—No, chico, no—decía el estudiante exaltado—estoy en mis trece. La medicina es una ciencia á medias; la fisiología es otra ciencia á medias: son ciencias conjeturales, porque se nos escapa la base, que es conocer el principio de la vida.

Y cruzando los brazos delante de Sebastián:

—¿Qué sabemos del principio de la vida?

Sebastián, humillado, bajó los ojos, pero Julián se indignaba.

—Estás desmoralizado por la doctrina vitalista, miserable. Una teoría, que pretende que las leyes que gobiernan á los cuerpos brutos, no son las mismas que gobiernan á los cuerpos vivos, es una herejía hidrostática, y Bichat, que la proclama, un bestia.

Y el estudiante, fuera de sí, berreó. Que llamaran á Bichat un bestia, era un verdadero disparate. Pero Julián despreció la injuria y continuó exaltado en sus ideas:

—¿Qué nos importa á nosotros el principio de la vida? Me importa tanto como la primera camisa que vestí. El principio de la vida es como otro cualquier principio: un secreto que hemos de ignorar eternamente. No podemos saber ningún principio. La vida, la muerte, los orígenes, los fines, misterios, son cau-

sas primarias con que no tenemos nada que hacer, nada. Podemos batallar todos los siglos, que no adelantaremos una pulgada. El fisiólogo, el químico, no tienen nada que ver con los principios de las cosas, lo que les importa son los fenómenos. Ahora bien, los fenómenos y sus causas inmediatas, mi caro amigo, pueden ser determinadas con tanto rigor en los cuerpos brutos como en los cuerpos vivos, en una piedra, como en un hombre. Que la fisiología y la medicina son ciencias tan exactas como la química, esto ya viene desde Descartes.

Entonces trabaron una nueva batalla incidental sobre Descartes, é inmediatamente, sin que Sebastián, atónito, hubiese advertido, la transición, se encarnizaron en la idea de Dios. El estudiante parecía necesitar á Dios para explicarse el universo, pero Julián atacaba á Dios con cólera. Le llamaba una hipótesis añeja, una vieja cantata del partido miguelista. Y comenzaron á atacarse sobre la cuestión social como dos gallos de pelea. El estudiante, con los ojos inyectados, sostenía, dando puñetazos sobre la mesa, el principio de autoridad. Julián gritaba en defensa de la anarquía individual, y después de citar con furia á Proudhon, Bastiat, Fouffron, descendían al terreno de las personalidades. Julián que dominaba al otro por la estridencia de su voz, reparó violentamente al estudiante sus inscripciones del 6 por 100, el ridículo de ser hijo de una persona modesta que tenía aspiraciones aristocráticas... Entonces se dirigieron miradas de desprecio y de odio, y poco después, el estudiante dejó caer con desdén algunas palabras sobre Claudio Bernard, volviendo á recrudecerse la cuestión.

Sebastián cogió el sombrero.

—Adiós—exclamó en voz baja.